

# *La Virgen María*

Mons. Tihamér Tóth



## CENSURA ECLESIAÍSTICA

### ***Nihil Obstat***

Dr. Andrés de Lucas, Canónigo.

Censor.

### ***IMPRIMATUR***

José María, *Ob. Aux. y Vicario General.*

Madrid, 27 de junio de 1951.

Este libro está directamente traducido del original húngaro por el M. I. Sr. Dr. D. Antonio Sancho, Magistral de Mallorca.

9 de noviembre

## CAPÍTULO PRIMERO

### ¿CON QUÉ TÍTULO HONRAMOS A LA VIRGEN MARÍA?

El renombrado filósofo americano EMERSON consigna un episodio interesante de un viaje que hizo en autobús.

Un día bochornoso de verano subió cansado y sin humor a un auto de línea. Con tedio iba realizando su viaje... de media hora. Con el mismo sopor, y sin pensar en nada, estaban sentados también los demás viajeros del coche... cuando, en una de las paradas, subió una mujer joven con su hijito, de cabellos rubios y ojos azules. Apenas se hubieron sentado en un rincón del coche, cambió del todo el humor de los pasajeros. Como si todas las preguntas, sonrisas, carcajadas del inocente niño trajesen el aire del paraíso perdido a los hombres cansados por el camino fatigoso de la vida. Y la madre sostenía con tanto encanto y amor a su hijito, y le hablaba con tal cariño, que la mirada de todos se clavaba en ellos y un calor extraño derretía los corazones, sumidos antes en la indiferencia.

El autobús que los astrónomos llaman «Tierra» iba corriendo hacía ya millares de años, con millones y millones de viajeros: hombres agotados, maltrechos, sumidos en la indolencia, que ni sabían adónde iba el coche..., cuando un día, hace dos mil años, subió a él una madre joven, teniendo en los brazos a su hijito, rubio y sonriente; y apenas ocupó un asiento en un rincón del coche, allá en la cueva de Belén, el alma de los viajeros se sintió caldeada por un fuego jamás sentido, y el corazón, antes indiferente, recibió nuevas fuerzas, como por ensalmo, de una belleza y ternura desconocidas. Y desde aquel día, la Madre y el Hijo viajan siempre con nosotros e irradian un encanto indecible y una fuerza de aliento que refrigera las almas cansadas en las luchas de la vida.

## 10 de noviembre

No se puede hablar de Jesucristo sin extenderse también a su Madre Virgen. No es posible dar a conocer la doctrina de Cristo, el cristianismo, sin mencionar a la Virgen María. Es la Virgen Santísima quien comunica hermosura, fragancia y encanto al cristianismo. Ella es la antorcha de la gruta de Belén, la estrella más hermosa de la noche. Su murmullo es el más dulce «Gloria». Nazaret no sería el hogar de Jesús si en este hogar no encontráramos a su Madre y al Arcángel; el Gólgota no sería tan admirablemente conmovedor si Jesús no hubiese plantado junto al árbol de la cruz el lirio del valle, el primero regado por la sangre preciosísima o esa rosa que sube por el árbol y florece en sentimientos de dolor. La Virgen Santísima logra el primer milagro, recorre la primera el camino de la cruz, encierra en su corazón la fe puesta en el Hijo muerto y en su obra; es la primera que besa, con el deseo y el consuelo de la felicidad eterna, las llagas de Jesús; hace, sola ella, la vigilia de la primera resurrección. Ella sola esperó treinta y tres años antes al Verbo en la noche de la Anunciación; ella sola Le recibió en la Navidad de Belén; ella sola Le aguardó en el amanecer de la Pascua Florida. (PROHÁSZKA.)

«*Nació de María Virgen*» —así rezamos en el Credo. El Credo no contiene sino estas cuatro cortas palabras, a ella referentes: «Nació de María Virgen.» Breve frase; pero su contenido es tan profundo, que los nueve capítulos que vamos a escribir de la Virgen María casi no bastarán para descubrir cuanto encierra la frase.

Lo primero que haremos es examinar los fundamentos dogmáticos del culto de María.

El árbol de magnífica fecundidad, el culto de María, que se despliega y despide su fragancia con miles y miles de flores perfumadas en nuestros templos, en nuestros cánticos, en nuestras imágenes, en nuestras fiestas, en nuestros santuarios, centros de romería, ¿de qué raíces se alimenta? ¿Con qué títulos honramos a la Virgen María? Tal será el tema de este capítulo. Y nuestra respuesta será doble: I. La honramos por ser Ella la Madre de Dios, y II. Porque la Sagrada Escritura nos inculca su culto.



## LA MADRE DE DIOS

Como un gigantesco árbol lleno de bendiciones extiende sus ramas el culto de María sobre todo el mundo católico; y la raíz última del árbol inmenso, la raíz por donde toma su savia de vida, es esta breve frase: «Creo en Jesucristo..., que fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen.» Todo el entrañable culto con que las almas católicas se inclinan ante María, brota de nuestra creencia en Cristo.

Resumo en unas breves frases todo cuanto creemos de María.

La Virgen María es Madre de Jesucristo, por lo tanto es Madre de Dios; Madre, y con todo, siempre virgen, intacta; Madre de un Hijo único, Jesucristo, el cual fue concebido por obra del Espíritu Santo —no por obra de varón, como los demás hombres—: la Virgen María, precisamente por su dignidad de Madre de Dios, fue preservada por Dios aun de la culpa original, de modo que nació y vivió exenta siempre de toda clase de pecado.

He ahí en breves palabras nuestra fe tocante a María. Estudiemos ahora nuestra primera proposición: *María es Madre de Dios.*

Es interesante la manera como salió de un atolladero cierto orador de la antigüedad. Tuvo que hacer un discurso referente a Felipe de Macedonia; mas no alabó las cualidades de gobierno, ni las dotes guerreras de Felipe, sino que, con voz emocionada, dijo estas palabras: «Basta decir de ti, Felipe, que has sido el padre de Alejandro Magno.»

También nosotros podríamos tratar largamente de la Virgen María, de la hermosura de su alma, de sus virtudes, de su amor a Dios, de su prontitud al sacrificio...; pero la ensalzamos del modo más digno diciendo: «Basta decir de Ti, Virgen Santa, que fuiste la Madre de Jesús.»

## 12 de noviembre

\* \* \*

A) Extraña un tanto ver lo poco que habla la Sagrada Escritura de la Virgen María. Pocas veces se la menciona en los acontecimientos. En cambio, las pocas frases que se refieren a ella son más que suficientes para probar la legitimidad del culto que le tributamos. Porque aquellas frases escasas afirman tales glorias de María, que nadie puede decirlas mayores.

Leamos con atención estas pocas líneas. Así escribe SAN MATEO: «Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, por sobrenombre Cristo» (Mt 1, 16). Y SAN JUAN añade: «Y el Verbo se hizo carne» (Jn 1,1 4), es decir, el que recibió de María carne mortal es el Hijo eterno de Dios. De modo que María es Madre de Dios.

¡Qué palabras más sencillas y, con todo, qué llenas de consecuencias! «De qua natus est Jesús», «de la cual nació Jesús» —esto es todo. ¡Esta mujer es tan grande, tan llena de gracia, tan admirable, tan santa, que puede ser Madre de Dios! También ella es hija de Adán; pero es tan conforme al pensamiento de Dios, que quiso el Señor su cooperación en lo más sublime del mundo: la Encarnación del Verbo.

\* \* \*

B) ¡*Madre de Dios!* ¡Dignidad excelsa, inefable! Recibir y llevar en su seno, cuidar, servir y educar al Dios aquel ante quien los ángeles puros se humillan hasta el polvo, y a cuya presencia los serafines y querubines esconden su rostro detrás de las alas; a Aquel que creó el universo, el sol, la luna, las estrellas y todas las cosas que hay en el mundo. ¡Llamar a éste su propio Hijo, cubrirle de besos, estrecharle contra el propio pecho con amor de madre! ¡Mandar a Aquel ante quien se someten y obedecen todas las fuerzas del cielo y de la tierra! Es indeciblemente grande la dignidad de Madre de Dios. «Nadie hay semejante a María — exclama con entusiasmo SAN ANSELMO—; fuera de Dios, nadie hay más grande que María.»

## 13 de noviembre

La sublime distinción que significa el ser «Madre de Dios» puede sólo entenderse considerando que todos los sabios, reyes, sacerdotes y ángeles del cielo no valen tanto para nosotros como lo que nos dio María al darnos a Cristo. Hijo de Dios.

Por una mujer entró el primer pecado en el mundo, de una mujer nació la culpa; pero de una mujer vino también su medicina. La Virgen Bendita era una mujer escogida, una Madre sin mancha. Vino a esta tierra de pecado como lirio florido: sin mancha original. Vivió en esta tierra como rosa delicada: pura, sin mancha. Aun después del nacimiento de Jesús permaneció Virgen. Limpia y blanca como la nieve que acaba de caer.

¡Con qué timidez, con qué cautela dice al ángel!: «¿Cómo es posible que me nazca un hijo, habiendo consagrado mi virginidad a Dios, y no queriendo renunciar a ella?» “¡No temas, María!; porque has hallado gracia a los ojos de Dios. La virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por cuya causa, el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios.» Es decir, no temas por tu virginidad, porque serás madre por virtud del Dios omnipotente, no a costa de tu integridad, sino con la plenitud de tu pureza...

La lengua húngara llama con acierto al día de la Anunciación «día de injertar frutos la Mujer bendita». Porque realmente hubo allí un injerto. Se injertó el ramo glorioso, el Hijo de Dios fue injertado en la Virgen Santísima, y por ella en toda la humanidad. Se hizo el injerto para que de la raíz milenaria de la humanidad no brotasen en adelante retoños podridos, pecaminosos, no saliesen ramas de frutos venenosos, ni agrias manzanas agrestes, sino frutos sanos, hermosos, palabras y obras que agraden a Dios.

¡Qué día de primavera fue aquél! ¡Día en que brotó la Vida!

La Virgen Santísima se abandonó a la voluntad divina, y quedó tranquila. Y en el momento en que pronunció con toda su alma: «Hágase en mí según tu palabra...»; en el mismo instante, cuando con humildad santa inclinó su cabeza virginal, empezó Jesucristo su vida terrena junto al corazón de la Virgen Santísima. ¡Qué misterio infinito del inconcebible amor divino! ¡Cómo baja el Señor desde los cielos, cómo alienta en la humilde Virgen, y la estrecha y la envuelve en su amor, como un océano infinito! Flor virginal del cielo, oh Virgen María, mil parabienes del mundo entero.

C) Y María correspondió a la dignidad sin par que había recibido. Fue realmente Madre, madre amante, cuidadosa, que sacrifica su vida. Cuando el Niño Jesús no había nacido aún ya le dirige oraciones desde la profundidad de su alma humilde. Cuando la dureza de los hombres Le arrojó de Belén a un establo, el beso y el abrazo de la Virgen Santa calentaron al Niño Jesús, que tiritaba. Cuando la crueldad de Herodes los obligó a huir a Egipto, aquel pecho virginal fue refugio seguro del Niño Dios. Cuando el Salvador empezó a crecer, aquel purísimo rayo de sol Le vigilaba día y noche. Y cuando... agonizaba el Redentor en el Gólgota, y sus ojos, ya vidriosos, no veían más que rostros enemigos en torno suyo, su Madre, la Madre de Dios estaba firme, demostrando su fidelidad, al pie de la cruz, y la espada del dolor le atravesaba más que nunca el corazón.

La Virgen Madre merece realmente las alabanzas que le tributan los siglos. Mereció que se escribieran de ella los innumerables volúmenes que llenan las bibliotecas, cantando sus glorias. Mereció que la Iglesia instituyera fiestas para honrarla. Es digna de las innumerables estatuas e imágenes, a cual más bella, con que los mejores artistas presentaron sus homenajes en el correr de los siglos a la Mujer Bendita...

Así respondemos a la primera cuestión que propusimos: Honramos a la Virgen María, porque Dios la honró el primero, escogiéndola por Madre de su Hijo unigénito. Respondemos más todavía. La honramos porque nos lo manda la Sagrada Escritura.



15 de noviembre

## EL CULTO MARIANO EN LA SAGRADA ESCRITURA

Que al ofrecer todos nuestros respetos a María no nos desviemos del camino recto nos lo demuestran también las páginas de las Sagradas Letras. De estas sagradas páginas aprendimos nosotros el culto de María.

¿De la Sagrada Escritura? Pero, ¿dónde están esas páginas?

\* \* \*

A) *En primer lugar, ahí está la escena del Paraíso. «Yo pondré enemistades entre ti y la mujer —es la palabra de sanción pronunciada por el Señor contra el espíritu malo y seductor—, y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantará tu cabeza, mientras tú le aceches el talón»* (Gen 3, 15). ¿Cómo no hemos de honrar a la mujer poderosa, a la Virgen Bendita, cuya fuerza vencedora en quebrantar la serpiente nos la mostró Dios como primer rayo de luz para consuelo de la humanidad caída?

\* \* \*

B) Y la promesa del Señor se cumplió: «*Envió Dios al ángel Gabriel a Nazaret, ciudad de Galilea, a una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José; y el nombre de la virgen era. María. Y habiendo entrado el ángel donde ella estaba, le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres*» (Lc 26-28).

Ante la Virgen, asombrada y temerosa, está de rodillas el Arcángel Gabriel, y sale de sus labios, y se oye por vez primera, el saludo: *Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo*. Brota el saludo: de labios del ángel y el viento, rápido, lo recoge con sus alas y lo lleva por los cuatro puntos del mundo para que no haya un solo rincón donde no se oiga el saludo angélico: *Dios te salve, María*.

Al principio no son más que unas pocas almas escogidas las que conocen la dignidad de María: Santa Isabel, San José, los Apóstoles, el pequeño grupo de los primeros fieles. Pero en alas del viento, el saludo va esparciéndose. Vienen pueblos, surgen las naciones, y entran en la Iglesia de Cristo, y abrazan su doctrina, y tanto en el Septentrión como en el Mediodía, en Oriente como en Occidente, de día y de noche, en el mar y en la tierra, en la guerra y en la paz, en el templo y en el hogar, en el monte y en el valle, se oye sin cesar el saludo del Arcángel Gabriel: *Dios te salve, María; llena de gracia, el Señor es contigo*.

¿Qué palabras tan sencillas y, en pocas líneas, qué sublime contenido! ¿Qué eres tú, María, en ti misma? «*Llena de gracia.*» ¿Y respecto del Señor? «*El Señor es contigo.*» ¿Y qué eres con relación a nosotros, los demás hombres? «*Bendita eres entre todas las mujeres.*»

¿Obramos, pues, con ligereza, honrando a la Madre admirable? Se nos echa en rostro el culto de María, diciendo que también era ella hija de Adán. Mas el ángel la conoce bien, y le dice: «*Bendita eres entre todas las mujeres.*» Y nosotros no añadimos una palabra en las dictadas por Dios al enviar un arcángel para saludarla.

\* \* \*

## 16 de noviembre

C) Poco tiempo después de esta escena, la Virgen María fue a visitar a su prima Santa Isabel. E Isabel, al oír su voz —según lo consigna la Sagrada Escritura—, «se sintió llena del Espíritu Santo», y exclamó con júbilo: «*¡Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre!... ¡Bienaventurada tú, porque has creído!, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor*» (Lc 1, 42, 45). ¿No tenemos, pues, derecho a honrar a la Virgen María, si Santa Isabel, «*llena del Espíritu Santo*», la ensalzó con tal entusiasmo?

\* \* \*

¿Y es posible que se nos censure por levantar a María muy por encima de nosotros, o por inclinarnos demasiado ante ella, cuando SAN LUCAS, refiriéndose al Niño Jesús, de doce años, y a sus padres, escribe de esta manera: «*Enseguida se fue con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto*»? (Lc 2, 51). ¿Quién estaba sujeto? El Hijo de Dios. ¿A quién estaba sujeto? A José y María. ¿No hemos de honrar y levantar por encima de todos los seres creados a la Mujer aquella que honró Jesucristo con obediencia, ante la cual se inclinaba esperando sus órdenes?

\* \* \*

## 17 de noviembre

E) No sólo tenemos derecho, sino verdadera obligación de honrar a la Virgen María. Lo demuestra con la mayor claridad el testamento de Cristo.

Viernes Santo es el día más grande de la historia universal. Cristo está clavado en la cruz, y María, cerca de El, porque donde padece Cristo, allí está con El su Madre. Ella fue quien Le introdujo en el mundo; Ella quiso estar presente también en su muerte.

No es posible leer sin emoción el Evangelio de SAN JUAN cuando refiere las palabras que pronunció el Señor en la cruz: *«Mujer, ahí tienes a tu hijo. Después dice al discípulo: Ahí tienes a tu, madre. Y desde aquel momento el discípulo la tomó como madre»* (Jn 19, 26-27).

He ahí el testamento del Señor: Madre mía, sé madre protectora, patrona de los hombres, por quienes he dado yo mi sangre y mi vida; ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre. No es tu reina, no es tu emperatriz..., no es mi madre..., ¡no!, sino que es tu madre.

Pues bien; si se nos pregunta con qué títulos honramos a la Virgen María, en qué pasaje ordenó Cristo su culto, nuestra respuesta es ésta: Aquí lo mandó. Cuando dijo a San Juan, y en él a todos nosotros: *Ahí tienes u tu madre*.

Desde aquel momento es María nuestra madre celestial. Y desde aquel momento no cesa el cántico en labios de los hombres.

Ahí tenéis los fundamentos dogmáticos de nuestro culto a María.

María no ha perdido su poder de Madre de Dios, ni siquiera en los cielos, antes al contrario, allí lo ejerce con mayor eficacia. La Madre de Dios ha de tener, en cierto sentido, ascendiente sobre Dios. Influye en el sentido de que Dios escucha complacido sus oraciones

María ora, intercede sin cesar por nosotros, porque todos nosotros somos hermanos de Cristo, y en consecuencia somos también hijos de María. Y su Hijo divino nos encomendó a todos nosotros a sus cuidados y protección. ¡Qué alegría, qué dicha saber que tenemos en el cielo una Madre de bondad, una Protectora poderosa, dispuesta siempre a tomar en sus manos nuestros asuntos y presentar nuestras súplicas a su Divino Hijo!

14 de noviembre

La Iglesia, desde sus comienzos, experimentó en realidad la protección de esta Madre bondadosa. No hubo época en su vida de dos milenios en que no sintiese la intercesión de la Virgen Inmaculada. Y la sentimos nosotros también, que corremos a su amparo, y le pedimos a la Virgen gloriosa y bendita que reciba nuestras súplicas en los días de la tribulación. Es nuestra Señora, nuestra Abogada, nuestra Medianera. No se ha oído en todos los siglos que quien ha implorado su intercesión se haya visto rechazado.

Unamos, pues, con profundo respeto, la expresión de nuestra gratitud a las palabras del ángel: ¡Dios te salve, María! ¡Dios te salve, Hija predilecta del Padre! ¡Dios te salve, Madre de nuestro Redentor! ¡Dios te salve, templo del Espíritu Santo! ¡Dios te salve, a Ti, que eres más santa que los querubines, más sublime que los serafines! ¡Dios te salve, María, más brillante que el sol, más hermosa que la luna, más resplandeciente que las estrellas! Dios te salve, Reina de los ángeles; Dios te salve, puerta abierta del Paraíso; Dios te salve, estrella del mar.

Dios te salve, María, esperanza de los patriarcas, anhelo de los profetas, reina de los apóstoles, fortaleza de los mártires. Dios te salve, María, ejemplo ideal de las madres cristianas. Dios te salve, bondadosa abogada de todos nosotros.

Dios te salve, Madre de Dios, llena de gracia, el Señor es contigo. Contigo es el Señor, que ya existía antes de ti, que te creó, y a quien tú engendraste. Te lo pedimos, oh María: vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima! ¡Oh piadosa! ¡Oh dulce Virgen María!



18 de noviembre

## CAPITULO II

### ESCRÚPULOS RESPECTO AL CULTO DE MARÍA

Un día se me presentó una señora, diciendo que quería hablar conmigo.

No soy católica —me dijo—; pero desde hace diez años vengo a la iglesia de la Universidad y escucho sus conferencias. Ahora ya no puedo aguardar más: quiero ser católica. Habrá revuelo en mi casa, mis padres querrán impedirme dar este paso, todos estarán contra mí, es posible que llegue a perder hasta el trabajo que tengo; pero no puedo diferirlo por más tiempo, tengo que hacerlo.

—Y dígame usted, ¿qué es lo que la atrajo hacia nosotros?— pregunté—. ¿Qué verdad ha cautivado más su alma del catolicismo?

—Varias cosas —contestó ella—. En primer lugar, el Santísimo Sacramento. Al que lea con atención las palabras claras de Jesucristo en la Sagrada Escritura: «*Esto es mi cuerpo*», no le basta creer que Cristo está junto a ese pan. No es posible descansar hasta poder estar en la Iglesia, que nos da el cuerpo de Cristo. Yo quiero al Cristo que vive todo entero en el Santísimo Sacramento. Además, me atrae la confesión; porque siento que mi alma necesita poder explayarse con toda sinceridad y recibir la absolución en el nombre de Dios.

—¿Y hay algo más que la atrae? —seguí interrogándola.

—Sí: el culto de María. Veo que Jesucristo, al decir en la cruz a San Juan: «*Ahí tienes a tu madre*», nos dio también una madre a todos nosotros, una madre que nosotros hemos de honrar y amar...

19 de noviembre

Los que por gracia especial de Dios hemos nacido ya en la religión católica, los que, por decirlo así, hemos respirado aire católico desde nuestro primer aliento, quizá nunca nos hemos dado cuenta de la verdad expresada por esta alma que andaba en busca de Cristo; ¡cuánta hermosura, cuántos y cuán inagotables tesoros se ocultan en la Iglesia católica!

No hablo ahora del Santísimo Sacramento, ni de la confesión...; no entran en nuestro tema. Mas sí trato del culto de María, del tesoro escondido, cuyo valor no conocen todos los católicos, del tesoro que con su brillo y luz nos guía con seguridad por el camino que conduce a Cristo.

Siempre fue señal característica de la Iglesia católica el culto fervoroso de la Madre de Dios. Con alegría, orgullo santo y corazón agradecido, siempre rendimos nosotros homenaje a la Virgen Bendita: y, sin embargo, algunos interpretaron mal nuestro culto, no lo comprendieron y levantaron escrúpulos en su contra. Si en el último capítulo he mostrado los fundamentos dogmáticos en que se apoya nuestro culto mariano, en el presente quiero examinar los escrúpulos que se ponen y propalan contra el mismo. Nosotros sabemos muy bien que nuestra fe católica nada tiene que ocultar; enfrentémonos, pues, abiertamente con las objeciones y dificultades que puedan presentarse contra el culto mariano.

I

«QUE FUE CONCEBIDO POR OBRA DEL ESPÍRITU SANTO»

La primera dificultad se presenta ya en torno a las palabras del Credo: «...*fue concebido por obra del Espíritu Santo y nació de María Virgen*».

¡María Virgen! Virgen Bendita! Virgen y, con todo, madre! Es el título que solemos dar a María, pero ya tropezamos con la primera objeción, con la primera dificultad: ¡la virginidad intacta de la Madre de Dios!

\* \* \*

A) No hay duda, afirmar esto —respecto al nacimiento de Jesucristo— es una cosa que puede dejar perplejas aun a gentes de buena voluntad. Porque según nuestra fe, Cristo no nació como los demás hombres. El no tuvo padre terreno, El fue concebido por obra del Espíritu Santo; es decir, San José y la Virgen María —aunque unidos en verdadero matrimonio— no llevaban vida conyugal. No tuvieron más que un solo hijo: Jesús; y éste no fue hijo de San José, sino solamente de María.

Es un hecho excepcional. La historia de la humanidad no nos ofrece, ni puede ofrecernos, caso semejante. No aconteció según las leyes humanas... Pero la Sagrada Escritura afirma de un modo que no deja lugar a dudas, lo afirma con tanta claridad y decisión, que no es posible suprimirlo de nuestros dogmas, y quien no lo creyere no puede cristiano.

## 21 de noviembre

Cuando, de labios del ángel, oye María que le nacería un hijo, pregunta con zozobra: «¿Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco, ni conoceré, varón alguno?» (Lc 1, 34). Y el ángel contesta con toda claridad: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con sus sombras; y por esta causa, el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios» (Lc 1, 35). Así lo escribe SAN LUCAS evangelista. Y en SAN MATEO leemos: «Estando desposada su Madre, María, con José, se halló que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo» (Mt 1, 18). Y cuando San José se turba por ello, el ángel le tranquiliza con estas palabras: «José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María, tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo» (Mt 1, 20).

¿Es posible hablar con más claridad? Aludimos a estos pasajes de la Sagrada Escritura cuando rezamos en el Credo «*Fue concebido por obra del Espíritu Santo, nació de María Virgen.*» Con ello confesamos que Cristo nació de un modo muy distinto a los demás hombres. El no tuvo padre mortal en la tierra; El no se vio sujeto al modo, a la ley general del nacimiento; si bien recibió de una madre su cuerpo, no lo recibió como los demás hombres, porque su Madre, María, fue virgen e intacta antes de su nacimiento, y lo fue también después... Es verdad que no puede comprenderlo nuestra pobre razón humana; hemos de creerlo...; pero es necesario creerlo. Y el que no lo cree no puede ser cristiano.

\* \* \*

B) En relación con este dogma, quisiera destacar también una circunstancia que corrobora esta nuestra creencia. La corrobora y hace asequible hasta tal punto que, aunque no llegamos a comprender la maternidad virginal de María —porque nunca podremos comprenderla—, nos vemos forzados a exclamar: Realmente, así tenía que venir el Hijo de Dios a nosotros.

Conocéis, claro está, lectores queridos, a padres buenos, honrados, que tienen un hijo que en nada se parece a la familia. Padres fervorosos, piadosos, honrados, que tienen hijos frívolos, pródigos, indignos. ¿Quién comprende semejante secreto? Las últimas conclusiones biológicas afirman que cuando los padres dan el ser a un nuevo hijo, este nuevo ser humano queda injertado desde su primer momento en el tronco milenario del árbol de la humanidad, y recibe como triste y misteriosa herencia las tendencias, las disposiciones, buenas o malas, de padres, abuelos y aun de lejanos ascendientes. El que nace hoy no puede ya ser el hombre primitivo, puro, ideal, tal como salió el primer hombre de las manos del Creador, sino que somos todos una mezcla incomprendible y dolorosa de los caminos, inclinaciones, deseos, deslices y pecados de nuestros antepasados próximos y remotos. Es una triste realidad.

Y pregunto ahora —haciendo abstracción de los fundamentos dogmáticos—: ¿No era necesario que nuestro Redentor, al bajar a la tierra, escogiera en su nacimiento un camino completamente distinto? Un camino que, en cierto modo, lo dejase aislado del tronco podrido, enfermo, de la humanidad. Un camino que presentase un origen distinto de los demás. Un camino por donde llegase a la tierra el «nuevo Adán», completamente puro, ideal, que sale inmediatamente de las manos de Dios, como en día lejano salió también el primer Adán inmediatamente de las manos del Creador.

Desde luego..., para admitir que Cristo nació tal como lo enseña nuestra fe católica, es a saber: sin padre, de una madre que concibió por obra del Espíritu Santo..., necesitamos una fe profunda. Pero, a la vez, parece más fácil aceptar este nacimiento insólito que atribuir al Hijo de Dios hecho hombre un nacimiento común, y hacerle llegar por el camino acostumbrado, por donde vienen al mundo los hijos de los hombres.

Y si comprendemos esta enseñanza sublime de la Iglesia, entonces podemos hablar con todo derecho de la Madre Virgen, de la Virgen Bendita, y podemos honrar en ella con profunda humildad a la Virgen Madre.



23 de noviembre

II

## LOS «HERMANOS» DE CRISTO

Si es así, entonces todos tenemos que deplorar en lo más hondo del corazón los indignos ataques que al correr de los tiempos se dirigieron contra la Virgen María en este punto precisamente, y que *querían poner en tela de juicio su virginidad*.

\* \* \*

A) He afirmado al principio del capítulo que nuestra fe católica nada tiene que ocultar, que no tenemos motivo para turbarnos por cualquier clase de acusación; quiero enfrentarme ahora con la descarada murmuración, con la terrible calumnia que los enemigos obcecados de la Virgen María quieren esparcir por todas partes e inculcarla en el alma de los hombres, maledicencia que acaso no haya llegado a muchos de mis lectores, pero que no podemos omitir, porque han de vivir preparados para rebatirla si un día llegaran a oírla.

¿A quién me refiero ahora? A los hombres obcecados, que contra María susurran con maliciosa satisfacción a nuestros oídos: «¿Por qué habláis continuamente de la Virgen María cuando, *además de Jesús*, tuvo varios hijos?

La llamáis *Virgen* sin derecho.» Hiel a el alma ver con qué gozo, con qué superioridad triunfal suelen lanzar esta acusación al rostro de los fieles—¡y con citas de la Sagrada Escritura!—, y ver que los nuestros, en tales trances, quedan turbados, no saben qué contestar y se callan..., cubiertos de rubor.

\* \* \*

B) Pero ¿habla realmente la Sagrada Escritura de los «hermanos de Jesús»? Sí, habla. Y para mostrar mejor cuán poco motivo tenemos de ocultar nada, he reunido los pasajes en que se habla de ellos. En cierta ocasión, el Señor se vio rodeado de gran muchedumbre, mientras enseñaba. SAN MARCOS escribe así: «Entretanto, llegan su madre y hermanos; (y quedándose fuera, enviaron a llamarle» (Mc 3, 31). De modo que ¡la madre y los hermanos de Cristo! Leemos en otro pasaje de SAN MATEO: «*Por ventura, ¿no es el hijo del artesano? —preguntan en cierta ocasión, después de oír sus sabias enseñanzas—. ¿Su madre no es la que se llama María? ¿No son sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? Y sus hermanas, ¿no viven todas entre nosotros?*» (Mt 13, 55,56). De modo que otra vez ¡los hermanos y aun las hermanas de Cristo! Según SAN JUAN fue Jesús a Cafarnaum, y con El fueron «*su Madre, sus hermanos y sus discípulos*» (Jn 2, 12). También, según SAN JUAN, «*aun muchos de sus hermanos no creían en él*» (Jn 7, 5). En los *Hechos de los Apóstoles* se habla de María, madre de Jesús, y de sus hermanos (Hech 1, 14).

He ido enumerando los principales pasajes de la Sagrada Escritura en que se habla de los hermanos de Jesús.

Pero el problema es éste: ¿se han de entender, se pueden entender estos pasajes en el sentido de que se aluda en ellos a hijos de José y María, hermanos carnales de Cristo, otros hijos de la Virgen?

De ninguna manera.

El que cita la Sagrada Escritura debe conocerla. Pues bien: lea el pasaje de SAN LUCAS (24, 19) en el que las mujeres refieren a los Apóstoles la resurrección de Cristo, y confróntelo con otro pasaje de SAN JUAN (19, 25). SAN LUCAS dice: «*María, madre de Santiago.*» SAN JUAN dice: «*Estaban al mismo tiempo junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María, mujer de Cleofás.*» De modo que la Virgen María tenía una parienta, que se llamaba también María, que era mujer de Cleofás, y tenía un hijo, Santiago, el menor. Pues bien: SAN MARCOS (6, 3) llama también a éste «*hermano*» de Cristo, cuando es claro que era su primo. Y es que en el lenguaje oriental se llamaban «*hermanos*» —y se llaman todavía hoy— aun los parientes lejanos, los que pertenecen a la misma familia<sup>1</sup>. En los pueblos húngaros también es muy corriente que un mozalbete hable con otro, que ni siquiera es pariente suyo, y le diga: «¿Adónde vas, hermano?»

Y cuántas veces oímos de boca de los húngaros:

—¿Adónde vas, hermanito?

—¿Cómo? ¿Aquél niño de diez años es tu hermanito? ¡Pero tú tienes ya cuarenta!

—¡Ah, sí! Es mi sobrino.

Se me contestará tal vez que somos nosotros quienes colgamos este giro a la Sagrada Escritura. No. La Sagrada Escritura llama en cierta ocasión a Lot «hermano» de Abraham y en otro lugar consigna con fidelidad que Lot era el hijo del hermano de Abraham, es decir, sobrino suyo. También leemos de Jacob que era «hermano» de Labán, y, sin embargo, sabemos que era hijo de su hermano. El *Cantar de los Cantares* (4, 9) llama a la misma esposa o novia «hermana».

## 25 de noviembre

1 Copio unas líneas de la carta de un estudiante de Medicina: «Como buen católico y como médico conozco bien la Sagrada Escritura. En Tierra Santa visité los santos lugares con la Biblia en la mano. Conozco la mentalidad oriental. Quiero ofrecer una excelente prueba respecto de la palabra «hermano». En la lengua árabe-turca esta palabra «Kardhasim» significa «mi hermano». Pues bien: el turco inteligente, y aun el turco sencillo que conociera el parentesco de su pueblo con los húngaros, nos saludaban a nosotros húngaros —si sabían que lo éramos y, por ende, que éramos sus «parientes»— en forma muy amistosa, diciéndonos «kardhasim, kardhasim» y apretándonos la mano. Allá en Tierra Santa y en la Arabia «hermano mío» (kardhasim) significa pariente o persona muy querida. Probablemente también los húngaros sacamos de allí —del Turán— la expresión: «Cómo estás, adónde vas, hermano?»»

## 26 de noviembre

Pero —proseguimos todavía con las objeciones— la Sagrada Escritura llama a Cristo, en diferentes pasajes, primogénito de María (Mt 1, 25; Lc 2, 7). De modo que, en resumidas cuentas, María tuvo varios hijos.

De ninguna manera. Porque quien conozca el lenguaje de la Sagrada Escritura sabe que suele llamar primogénito al primer hijo, aunque no hayan venido después otros; más todavía: SAN PABLO llama a Jesucristo Primogénito del Padre (Hebr 1, 6).

Además, si Jesucristo hubiera tenido hermanos carnales, hijos de María, ¿quién podría comprender entonces la escena delicada en que *el Crucificado deja confiada su Madre a los cuidados de San Juan?*

Si María tenía otros hijos, ¿por qué dejarla en manos de un extraño?

No. La Virgen María no tuvo más que un hijo, un hijo único: nuestro Señor Jesucristo. Y por este Hijo único honramos a María.

Todos los homenajes, todo el gozo purísimo, todo el culto con que los pueblos católicos honran hace miles de años a María brotan de este hecho: Ella nos dio a Cristo.

Y nosotros no tememos lo que farisaicamente parece temen algunos, es a saber: no tememos que el culto de María desvíe nuestras almas de Jesucristo y sea una muralla, un obstáculo entre nosotros y Dios. No sólo no es obstáculo, sino que, por el contrario, es nuestro acicate: «Per Mariam ad Jesum» es lo que confesamos siempre: «A Jesús por María.»



## CRISTO Y MARÍA

Examinemos con más detenimiento esta otra objeción, que suele proponerse con frecuencia: El culto de María ¿es un obstáculo en el camino que nos conduce a Cristo?

A) Sería realmente obstáculo si fuera verdad la calumnia tan cacareada, la falsedad que nunca podemos refutar bastante: *que nosotros adoramos a la Virgen María*. Algunas veces se agota y fracasa toda nuestra fuerza de convicción frente a tal modo de pensar erróneo y obstinado; en vano aducimos pruebas; el final siempre resulta el mismo: vosotros adoráis a María. Sin embargo, con cuánta claridad nos enseña el Catecismo que nosotros sólo honramos, y no adoramos, a María.

“¡Pero le rezáis tantas oraciones! —se nos objeta—. ¡Cuántos santuarios, cuántas letanías, cuántas imágenes...!»

Pero basta leer el texto de las oraciones y letanías, ir a los lugares de peregrinación, para ver que en ninguna parte adoramos a María, que no hacemos más que dirigirlle nuestras súplicas.

Ahí está el texto tan querido, el «Ave María». Cualquiera puede oírlo: «Santa María, Madre de Dios, *ruega por nosotros...*» De modo que no te adoramos, sino que te rogamos para que ruegues tú por nosotros.

Después: «Ruega por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.» De modo que: *¡ruega por nosotros!*

Y en la letanía siempre decimos: Ruega por nosotros, ruega por nosotros. Fijémonos en la marcada diferencia que hace la Iglesia católica entre la adoración de Dios y el culto de María, ¿Cómo principia la letanía lauretana? «Dios Padre celestial —ten piedad de nosotros.» Sí, esto es adoración. «Dios Hijo Redentor —ten piedad de nosotros.» Sí, también esto es adoración. Dios Espíritu Santo —ten piedad de nosotros.» Esta es una voz que adora. Pero sigue después: «Santa María...» Y ¿qué decimos? «¿Ten piedad de nosotros?» No, sino: «Ruega por nosotros.» Así hasta el final: «Ruega por nosotros.»

Al final de la letanía nos dirigimos nuevamente a Dios, y el «ruega por nosotros» cambia de nuevo: «Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo —ten piedad de nosotros.» He ahí con cuánta claridad distingue la Iglesia entre la adoración de Dios y el culto de María.

B) Dicho esto, está de más proponer la otra cuestión, es a saber, si es prudente nuestro culto mariano, *si sirve o no de obstáculo, si cierra o no el camino al culto de Jesucristo.*

No es posible dar a esta objeción una respuesta mejor que las palabras del Arcángel al saludar a María. «¿Cómo os atrevéis a rezar el Ave María?», se nos dice. Contestamos: Si envía Dios a un ángel para que salude a una persona, entonces no se nos puede censurar si también nosotros la saludamos con las mismas palabras. Y si en la Sagrada Escritura, escrita por inspiración del Espíritu Santo, hay una profecía, según la cual a María la «*llamarán bienaventurada todas las generaciones*» (Lc 1, 48), entonces obran muy bien los que trabajan por la realización de esta profecía y llaman bienaventurada a la Virgen María.

¿Es posible que el culto de María entorpezca el culto de Dios y lo ponga en segundo término? ¿Hay en el mundo una obra maestra cuya magnífica hermosura haga menguar la admiración que sentimos por el artista? El maestro es siempre más grande que su obra, y nosotros sabemos que lo que hay de hermosura, encanto y virtud en María se debe a su maestro, al Dios infinito.

Jesús y su santa Madre vivieron unidos con parentesco de sangre y parentesco de alma. ¿Y ahora es lícito que la religión de Cristo afloje y rompa estas relaciones íntimas?

## 29 de noviembre

«Nosotros buscamos únicamente a Cristo» —dicen los otros. También nosotros Le buscamos a El. Pero ¿es culpa nuestra si, al buscar a Cristo, encontramos siempre a su lado también a María? Ella está junto al pesebre, delante de los Magos del Oriente, en la huida a Egipto, en la casita de Nazaret, al pie de la Cruz, en la sepultura de Jesús. Jesús y María se pertenecen: el que halla a Cristo halla también a María, y los que cesan de honrar a María dejan también —como lo demuestra el testimonio de la historia— de inclinar sus rodillas ante Cristo.

Según la enseñanza de la historia, las madres de los hombres eximios siempre fueron recordadas con respeto... ¿Deberemos explicar aún más con qué títulos honramos nosotros a la Madre del Hombre-Dios, a María? ¿Quién no ha oído hablar de la madre de los Gracos? ¿Y de Santa Mónica, la heroica madre de San Agustín? ¿Y de Santa Elena, la madre del emperador Constantino el Grande? ¿Y hemos de aducir todavía otros ejemplos?... Podemos pronunciar con respeto el nombre de ellas..., y, ¿precisamente vamos a negar este honor solamente a la Madre de Jesús?

¿El culto de María se opone al culto de Jesucristo? ¡Ah! Pero ¿dónde hay un hijo que no quiera que se honre a su madre?

¿Dónde hay un hijo que considera una ofensa el que se respete a su madre? Todo lo contrario: *yo no entraría gustoso en una casa donde no dejasen entrar a mi madre.*

## 30 de noviembre

Entre las ceremonias de la coronación hay en Hungría una interesantísima y de profundo significado. Cuando el Príncipe Primado corona al rey, en la antiquísima iglesia de Matías, y coloca en sus sienes la diadema de San Esteban, roza un momento con la santa corona también el hombro de la reina. Y nadie se sorprende por ello, a nadie le parece que con ello se mengüe la autoridad del rey, sino al contrario. ¡Cuán grande ha de ser —pensamos— la autoridad real, que puede iluminar con sus fulgores a quienes, sin serlo, están solamente cerca del rey! ¿No es natural que María tenga su puesto junto a Jesús? María no es Dios, no es Cristo, pero está cerca de El, puesto que es su Madre, y esta cercanía inspira nuestros homenajes.

Y si alguno afirma, aun después de cuanto llevamos expuesto, que el culto mariano nos distrae de la adoración de Cristo, yo le suplico que se detenga una vez siquiera con espíritu observador, en Florencia, ante una de las más hermosas imágenes de María, ante el cuadro sin par de Rafael, *la Madonna della Sedia*. Que examine el rostro transfigurado de la Virgen, al bajar la mirada. Se ve que no mira el exterior del Niño, sino que se abisma de lleno en la contemplación de su rostro divino. El rostro de María, en este cuadro, es una de las bellezas más sublimes que haya producido jamás el arte humano. Y con todo..., mientras miramos a María, de repente notamos que su mirada, embebida con una visión admirable, conduce imperceptiblemente nuestras almas al objeto de la visión, al misterioso Niño divino.

Por tanto, a la cuestión propuesta de si el culto de María sirve de obstáculo al culto de Cristo, la respuesta no puede ser sino ésta: todo lo contrario. Cuantas veces honramos a María honramos a Cristo; ya que nos inclinamos ante María porque Cristo, el Hijo de Dios, fue también Hijo suyo. Nosotros amamos y honramos a la Virgen María, le presentamos nuestros homenajes y alabanzas. Pero ¿quién ignora que la piedra fundamental, el centro y el fin último, el alfa y omega de toda nuestra religiosidad es su santo Hijo, Cristo Jesús?

El que mire a María siente que su vista reposa en Cristo: el que se dirige a María sube hasta Cristo. No adoramos a María, no adoramos más que a Dios: a ella le suplicamos, sí, y seguiremos suplicándole también en adelante, con amor cálido y filial, que ruegue por nosotros. «*Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte.*»

1 de diciembre

## CAPÍTULO II

### MARÍA Y NUESTRA FE

Cerca de Nazaret, la humilde aldea en que tantos años pasaron Jesús y la Virgen María, hay una fuente; los habitantes del pueblo la llaman «Ain Marjam»: «Fuente de María»; y la tradición popular afirma que María sacaba el agua en aquella fuente. Aún hoy día es la mejor fuente de toda la región; a ella van por agua todos los habitantes de los alrededores. Llevan sobre la cabeza el cántaro de barro. Así llevan a casa el agua.

«¡Ain Marjam!» «¡La fuente de María!» Es una expresión muy propia para nuestro propósito. Las mujeres de Nazaret encuentran el refrigerio corporal en el agua que sacan de la fuente de María y adquieren con ella fuerzas para sus faenas diarias; nosotros, los cristianos que vivimos distribuidos por toda la redondez de la tierra, obtenemos el refrigerio espiritual que necesitamos —entusiasmo, magnanimidad, pureza, consuelo— de la fuente abundante del culto mariano.

Las mujeres de Nazaret llevan hábilmente sobre su cabeza el hermoso jarro de arcilla, lo llevan sin dejarlo caer, y llegan a casa con su preciado tesoro, el agua fresca; nosotros también llevamos un vaso de barro, nuestro cuerpo, y en él guardamos un precioso tesoro, nuestro espíritu inmortal; hemos de llevarlo por los caminos de la vida de modo que no sufra detrimento, que podamos conservarlo puro, incólume, sin fracturas ni rasguños, hasta llegar a la patria celestial.

Cómo nos ayuda en ello la verdadera «Ain Marjam», el culto mariano, será el tema de los siguientes capítulos. *Cómo el culto de la Virgen María fortalece nuestra fe*, será el objeto del presente. En los que sigan estudiaremos este otro punto: *Cómo nos ayuda y fortalece a nosotros en las luchas de la vida moral*.

*María y nuestra fe* —es el tema de este capítulo. ¿Qué recibe nuestra fe del culto mariano? —es la cuestión que propongo. Y contesto con estas cuatro palabras: Recibe I. *fuera*, II. *vida*, III. *unidad*, IV. *belleza*.

## CULTO MARIANO ROBUSTECE NUESTRA FE

Es característico de la Sagrada Escritura no hablar con ampulosidad. Narra cosas grandes con brevedad y sencillez, aún más, regularmente cuando más concisa se muestra es precisamente al pregonar las mayores verdades. De las relaciones que tiene la Virgen María con nuestra fe, de cuanto podamos aprender de ella en punto a creencias, la Sagrada Escritura no habla más que con dos frases breves.

Encontramos dos notas sencillas, al parecer insignificantes, pero, en realidad, extraordinariamente profundas, tocantes a la Virgen, en el segundo capítulo del Evangelio según SAN LUCAS. El evangelista describe cómo los pastores, al volver del establo de Belén, cuentan por doquier los acontecimientos de Navidad. *«Y todos los que supieron el suceso, se maravillaron igualmente de lo que los pastores les habían contado. María, sin embargo, conservaba todas estas cosas dentro de sí, ponderándolas en su corazón»* (Lc 2, 18-19). Y al final del mismo capítulo, donde leemos que Jesús, a los doce años, volvió del templo, anota el evangelista: *«En seguida se fue con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto. Y su madre conservaba todas estas cosas en su corazón»* (Lc 2, 51).

De modo que hace constar el evangelista dos veces que la Virgen no sólo cuidaba corporalmente al Niño Jesús, sino que también quiso educar su propia alma para que sirviese más dignamente al Verbo divino hecho carne. Recogía con esmero cada palabra, cada suceso, cada impresión y solícitamente los conservaba. Iba rumiando todos los acontecimientos maravillosos, la anunciación del ángel, la noche de Navidad, las palabras de los pastores y de los magos, la profecía de Simeón y Ana, los primeros balbuceos del Niño Jesús, todas sus miradas, todos los trabajos de su mano... Los rumiaba, los meditaba y los conservaba con sumo cuidado en el tesoro de su alma.

Ahí tenemos, pues, la primera enseñanza: *el esmero y sacrificio con que María conservaba su fe firme.*

## 3 de diciembre

Porque no hemos de imaginarnos que la fe no le pidiese también a ella —como a todos nosotros— sacrificio, fatiga, esfuerzo. No digamos que a María le resultaba fácil creer, ya que vivía junto a Jesús. ¡También ella tuvo días nublados, como los tenemos nosotros! Y si de vez en cuando nos detenemos con incertidumbre ante uno que otro acontecimiento de nuestra vida o ante uno u otro de los dogmas de nuestra fe, acordémonos de que el evangelista consigna lo mismo tocante a María y a José: «*Mas ellos no comprendieron el sentido de su respuesta*» (Lc 2, 50).

He ahí cómo María también tenía que cultivar su fe. Sus ojos, a pesar de su pureza, no eran capaces de atravesar todos los velos que cubren los santos misterios de nuestra fe. Pero María aceptaba con fervor lo que sabía de los misterios de su Hijo divino, y con la misma humildad de corazón aceptaba también aquello que no entendía. Mientras iba observando con espíritu contemplativo todas las palabras, todos los actos y manifestaciones de su Divino Hijo, nos enseñaba el camino más seguro para conservar y robustecer nuestra fe.



## 4 de diciembre

*El culto de María robustece nuestra fe*, porque sólo adorando a su divino Hijo se puede honrar a María; por tanto, es natural que los fieles devotos de María tampoco pierdan su fe en su divino Hijo.

Hay quienes no saben perdonarnos el que después del Padrenuestro recemos con tanta devoción el Avemaría. Pues yo pregunto a estos tales: ¿Creéis, acaso, que nosotros rezamos menos Padrenuestros por añadir el Ave?

Hay quienes se escandalizan cuando ven en nuestras iglesias tantos cirios junto a las imágenes marianas. Pues yo les pregunto: ¿Dejamos, acaso, sumidas en la oscuridad las imágenes de Cristo? No, no puedo creer que si Jesucristo apareciera hoy en forma corporal entre nosotros —aquel Cristo que durante los treinta años de su vida oculta honró a su Madre, la Santísima Virgen, con piedad y obediencia, como nunca honró un hijo a su madre— nos reprendería diciendo: «Dejad al punto el rezo del Avemaría, y apagad en seguida los cirios que arden ante las imágenes de mi Madre.»

No. Cristo no diría esto. Sino que, señalando a María, nos diría con toda seguridad: «Ahí tenéis a vuestra Madre.» Y quien está cerca de la Madre no puede estar lejos del Hijo.

¿A quién se le oculta en qué grado necesita el hombre moderno los desvelos de la Virgen para conservar la fe?

Hoy día, cuando con tanta facilidad se apega el hombre a este mundo perecedero, podemos alegrarnos de podernos dirigir a María diciéndole con el DANTE, el poeta insuperable del cristianismo: «Reina, que puedes hacer todo cuanto quieras, conserva vivo en mí el deseo de la eternidad y haz que tu protección venza en mí la atracción de lo perecedero.»

5 de diciembre

II

## EL CULTO DE MARÍA VIVIFICA NUESTRA FE

María conservaba la fe dentro de su corazón, y esta fe iba moldeando su alma. Esta fe viva de María es la segunda lección importante para nosotros. El reino de Dios —dijo en cierta ocasión el Señor— *«es semejante a la levadura, que tomó una mujer y la revolvió en tres medidas de harina, hasta que hubo fermentado toda la masa»* (Lc 13, 21). Con ello nos enseña que nuestra fe ha de ser la levadura que fermente toda nuestra vida. El Evangelio dice que la Virgen María no solamente tomaba nota de los acontecimientos de la vida de Jesús y de las palabras del Señor, sino que además iba *«ponderándolas en su corazón»* (Lc 2, 19), es decir, al orar y trabajar, al descansar y estando atareada, pensaba en ellos continuamente, y conforme los mismos moldeaba su vida. Así como fue María quien dio cuerpo al Hijo de Dios bajado a la tierra, en la vida de María fue donde tomaron cuerpo con la mayor perfección posible las enseñanzas de su Hijo divino.

a) Nunca hubo ni habrá un hombre que en su alegría y en su dolor, en sus anhelos y planes, en sus virtudes y sacrificios haya sabido reflejar con tal fidelidad el espíritu del cristianismo como la Virgen María.

El mismo Jesús dio testimonio de ello.

## 6 de diciembre

En cierta ocasión, una mujer que le seguía entre la multitud, viendo las obras maravillosas del Señor, y oyendo sus palabras divinas, exclamó con entusiasmo: «*¡Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que te alimentaron!*» (Lc 11, 27). Y el Señor le contestó: «*¡Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios, y la ponen en práctica!*» (Lc 11, 28). Jesús no contradice a la mujer, todo lo contrario, amplía el sentido de sus palabras. No dice que no hay motivo de alabar a su Madre, sino que realmente tal motivo es doble. Primero, porque por su maternidad está unida con El con lazos de sangre; segundo, y el más poderoso, porque por su fe tiene con El un parentesco espiritual, porque conservaba en el corazón Sus palabras (Lc 2, 19, 51) mejor que cualquiera de sus discípulos.

En el primer punto no podemos imitar a María. Pero sí en el segundo. Sabemos muy bien cómo el camino más seguro para el que quiere seguir a María, ser digno de ella y parecersele, es la fe ardiente, abnegada, viva, en Jesucristo. Fe que no es mera palabra ni mero sentimiento, sino también, y principalmente, vida y fuerza divina que transforma nuestra vida propia.

Fijémonos en lo que María dice a los criados en las bodas de Caná. Atended al Señor y «haced lo que El os diga» (Jn 2, 5). Así, pues, si honramos a María, no nos detenemos en ella, sino que por ella vamos a Cristo.

b) Otro argumento, otro testimonio elocuente de que todas las manifestaciones de nuestro culto mariano vivifican realmente nuestra fe y en último grado se dirigen al culto de Dios y están saturadas del homenaje que debemos al Señor, es cada línea del sublime cántico que, bajo el nombre de *«Magnificat»*, resuena cada día en miles y miles de iglesias, cántico que el alma de la Virgen María, embriagada por el amor divino, entonó por vez primera en casa de su prima Isabel.

Isabel, al ver a María que la visitaba, exclamó con sorpresa: *«Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre! Y ¿de dónde a mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor a visitarme?... ¡Bienaventurada tú porque has creído!, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor»* (Lc 2, 5).

Y entonces brotó del alma de María el cántico de eterna hermosura, el *Magnificat*, que desvía de sí toda alabanza, todo homenaje, y los ofrece a Dios. *«Magnificat anima mea Dominum»* —resuena el cántico en labios de María. *«Mi alma engrandece al Señor: y mi se alegra mi espíritu de gozo en Dios mi salvador: porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava...»*, lo que haya en mí de bueno, de virtud hermosa, todo es limosna recibida de manos de Dios. *«Cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. Hizo alarde del poder de su brazo: deshizo las miradas del corazón de los soberbios. Derribó del trono a los poderosos y ensalzó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos, y a los ricos despidió vacíos.»* ¿Es posible alabar más bellamente la omnipotencia divina que vela sobre el mundo? ¿Es posible fortalecer más nuestra fe puesta en Dios?

En cierta ocasión, un hombre gravemente enfermo se desplomó en la calle. Lo llevaron a un hospital y llamaron a un sacerdote para que lo confesara. Pero el pobre hombre hacía ya tiempo que había perdido la fe de su juventud, y por mucho que el sacerdote insistió en hablar con él, rechazaba con dureza la palabra del ministro de Dios. Mas cuando éste, agotados ya todos los recursos, empezó a hablar de la madre del enfermo, se ablandó entonces el corazón empedernido y resurgió la fe sepultada de la niñez.

¡Cuántos hombres hoy día han perdido la fe por completo! Hablémosles de la Madre celestial, para que por medio de ella vuelvan a la fe. Gritemos nuevamente a Cristo: *«¡Bienaventurado el vientre que te llevó!»* Y escuchemos la respuesta que brota de sus divinos labios: *«¡Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios, y la ponen en práctica!»* (Lc 11, 28).

8 de diciembre

III

## EL CULTO MARIANO COMUNICA UNIDAD A NUESTRA FE

El culto mariano tiene además otra fuerza maravillosa, otra bendición: guarda la incolumidad, la pureza, la unidad de nuestra fe en Cristo.

a) Hay quienes, desconociendo la historia, afirman lo contrario. «El culto mariano no es una práctica que nos venga del primitivo cristianismo. Hasta el año 431, en el Concilio de Efeso, no fue declarada «Madre de Dios», y no hace mucho, en el año 1854, fue definido el dogma de su Concepción Inmaculada...»

¿Qué hay de verdad en estas afirmaciones? La verdad es que la Iglesia realmente definió en el 431 la maternidad divina de María y en 1854 su Concepción Inmaculada..., *pero desde sus comienzos creía en ellas*. La Iglesia define dogmáticamente una verdad solamente si tal verdad de fe se ve atacada o está puesta en tela de juicio.

¿Qué nos dice la fe sobre la Concepción Inmaculada? Que la Virgen María siempre estuvo exenta del pecado original. Pero Murillo, unos doscientos años antes de la definición dogmática, ya pintó treinta cuadros magníficos de la Inmaculada. Y el Concilio Tridentino pregonó más de trescientos años antes de la definición dogmática la creencia de la Iglesia. Y San Efrén la pregonó casi mil quinientos años antes.

Pues entonces ¿qué sucedió en 1854? Lo mismo que sucedió no mucho tiempo después con la famosa joya de la Corona inglesa, el diamante Koh-i-noor. Este diamante admirable, enorme, ya era conocido en la India allá por los siglos que precedieron a Cristo, pero sólo brilla con toda su belleza desde el siglo en que la reina Victoria lo hizo tallar de nuevo. Pues si se me permite la frase, la definición dogmática del año 1854 no produjo el diamante de dos milenios de la Concepción Inmaculada, no hizo más... que tallarlo de nuevo.

b) El culto mariano no sólo es compatible con nuestra fe, sino que guarda y corrobora su pureza y unidad. Bastan unas breves palabras para explicarlo.

¿Quién puede honrar a María? Solamente los que creen en su santo Hijo. La columna fundamental de nuestra fe es la divinidad de Jesucristo. De este hecho capital: «Cristo es el Dios que ha bajado a nosotros», fluye todo el sistema de la fe y la moral de la religión cristiana. Los que honran a María, hablan así: Honro a María porque fue su Hijo nuestro Señor Jesucristo, el Unigénito del Padre, el que bajó a la tierra para rescatarnos y liberarnos de la condenación por medio de su Pasión, el que murió por nosotros, resucitó y subió a los cielos...; en una palabra: al honrar a María confesamos toda nuestra fe cristiana.

De modo que culto mariano es el engarce de oro que guarda, como bello diamante, la divinidad de Jesucristo. Y si al diamante no le daña un hermoso engarce, antes bien, el engarce realza todavía más el precio de la piedra, de un modo análogo el culto mariano no sólo es compatible con la adoración de Cristo, sino que además la coloca en un engarce más cálido y más consciente. Para nosotros, si el culto mariano no es la cuestión principal, tampoco es una accesoria, sin la cual pueda sostenerse nuestra fe católica. Para nosotros, *lo principal es la divinidad de Cristo, pero de ella se deriva necesariamente el culto de la Madre de Dios*. Si adoro a Cristo, he de honrar también a su Madre, y sin honro a la Madre de Dios, sé adorar con más fervor a su divino Hijo.

e) Por otra parte, *la misma historia ofrece gran abundancia de datos* para poner de manifiesto que los que niegan la divinidad de Cristo no salieron de las filas en que se honra a María, sino todo lo contrario, de aquellos sectores que al principio sólo suprimían el culto de la Virgen Madre, y sintiéndose después irremisiblemente arrastrados, llegaron a negar la divinidad de Cristo.

La historia dos veces milenaria de la Iglesia demuestra que cuando el árbol de la fe se desarrolla en un suelo saludable, siempre tuvo abundantemente las flores y los frutos a cual más bellos del culto mariano; en cambio, cuando el culto mariano se debilitaba o se secaba por completo, podía deducirse que la misma fe había declinado.

Hay cristianos que no honran a María, porque —según dicen— el culto mariano los distrae de Cristo, y ellos sólo quieren honrarle a El. Y, no obstante, ¿qué es lo que vemos? El hecho peculiar de que donde se deje de honrar a María, decrece también el culto de Cristo, aún más, se cuartejan los fundamentos de toda la fe cristiana. Nosotros honramos a María y adoramos a su santo Hijo. Y donde se deja de honrar a María para dar —según se dice— más vida y lugar al culto de Cristo, allá se discute sobre estos puntos: ¿Cristo fue verdadero Dios o solamente hombre? ¿Vale la pena esgrimir armas en defensa del Credo íntegro?

Después de tales consideraciones adquiere un interés especial el hecho histórico de que la falsa reforma del siglo XVI no pudo apoderarse precisamente de los países en que el culto de la Virgen María, el culto mariano, tenía un vigor especial y florecía con abundancia.

d) Y, si ponderamos el hecho, *veremos en el culto mariano un medio eficaz para conservar la unidad de la fe.*

El centro de la familia es la madre. Mientras ella vive, aun los hijos mayores, que ya fundaron hace tiempo su familia, tienen cohesión y sienten al unísono. Pero al morir ella, se destroza la familia.



## 11 de diciembre

La Virgen María también vino a ser fuerza de cohesión en la primera comunidad cristiana, después de la resurrección de Cristo. Los HECHOS DE LOS APÓSTOLES (1, 14) lo consignan: «*Todos los cuales, animados de un mismo espíritu, perseveraban juntos en oración con las mujeres y con María, la madre de Jesús*».

Pero el culto mariano fue también más tarde la garantía bendita de la unidad de nuestra fe. Sabemos que Jesucristo tenía una túnica sin costura y de un solo tejido de arriba abajo (Jn 19, 23), la cual, según la costumbre de aquellos tiempos, probablemente fue tejida por la misma Virgen. Pues bien: así teje también el culto mariano hace ya casi dos milenios la túnica de nuestra fe en Cristo..., una fe en que no hay costura, ni mancha, ni remiendos, una fe que no tiene rasgadura, una fe que aun hoy se conserva tal como la recibimos de Cristo.

Hemos de reconocer, por tanto, que aquel cristianismo que no sabe o no quiere honrar debidamente a la Virgen María es un cristianismo mutilado. Porque ¿qué otra cosa es el cristianismo, sino Cristo y su obra? Y si Cristo es el Verbo eterno del Padre celestial, tampoco se ha de olvidar que vivió en la tierra siendo realmente Hijo de María.

De modo que nuestra santa Madre la Iglesia sabía muy bien por qué luchaba tanto en defensa de la dignidad de María; por qué luchaba, por ejemplo, con tanta insistencia en el Concilio de Éfeso por defender la maternidad divina. Allí no se trataba propia y directamente de un título de María, sino de la divinidad de Cristo. Nosotros bien sabemos que la Virgen María fue madre de Dios, pero nunca dejó de ser también «La esclava del Señor», «en cuya bajeza Dios puso sus ojos, para que desde entonces la llamaran bienaventurada todas las generaciones».